

EL CAMAROTE

RAFAEL BALPARDA

Lorena está sola en casa. De repente, se sobresalta. Suena el teléfono. ¿quién llamará a estas horas? -piensa, mientras su corazón galopa

-Hola mi amor, te llamo desde la oficina, aún estoy aquí.

-¿Qué pasa Fede, te voy preparando la cena?

-No, te voy a pedir un favor muy importante, presta mucha atención

-Si dime

-Hoy hemos tenido un grave problema. La policia. Ha venido buscando papeles de uno de los mejores clientes del bufete. Lo que buscan no está aquí. ¿Me sigues?

-Sí, continua

-Tienes que subir al camarote, abrir la caja de expedientes penales, buscar el LED/ZEP69 y llevarlo a la dirección que te voy a dictar.

-No, Fede, al camarote no por favor, ya sabes que no puedo subir, y menos de noche. Pídeme otra cosa pero que no sea subir al camarote, al camarote no por favor.

-Lorena, lo siento, sabes que nunca te haría pasar por esto si no fuese absolutamente necesario. Nos estamos jugando mucho, no sólo es asunto de trabajo, puede haber consecuencias. No me puedes fallar ahora, sabes que eres lo más importante en mi vida. Cuento contigo, lo vas a hacer muy bien, no pienses en ello. Ya oíste al psicólogo, debes afrontarlo, no puedes comportarte eternamente como un avestruz creyendo que tu problema desaparecerá mientras te destruye. Te lo ruego, cariño hoy es el día de superarlo.

-Aún no estoy preparada, sabes que no puedo subir, me ahogo sólo de pensarlo. Lo tengo muy reciente Fede, no por favor.

-Bueno Lorena, lo dejo en tus manos piénsalo, dentro de 15 minutos te llamaré y te dictaré la dirección a donde debes llevar el expediente, te tengo que dejar. Te quiero mi vida.

Fede, colgó el teléfono, mientras Lorena estaba abatida sobre el sofá de cachemir verde pálido. Ensimismada sollozaba con la cabeza entre las manos, en posición fetal flotando en un líquido amniótico que le ahogaba.

-"Te quiero mi vida" me ha dicho y me está pidiendo lo único que me provoca pánico, más bien terror. No puedo volver a subir al camarote desde aquél día.

Según contó hace tres meses, aquel día vio por primera vez a aquel hombre, nítidamente entrar por la ventana, "volando como un pájaro". Se le calló la caja de zapatos rojos que llevaba entre sus manos y se quedó petrificada ante la visión de un hombre de tez pálida como el papel, pelo rubio casi albino, nariz puntiaguda y ojos enrojecidos como si no hubiese dormido en varios meses. Sí, volando en un tercer piso, por el ventanuco del pasillo del camarote -repetía una y mil veces, al contarle. Ella no pudo ni gritar, mientras él le decía:

-Lorena me estáis atormentando, no vivo, no duermo, no descanso. Iros de aquí esta casa es mía, fuera de mi morada, malditos seáis. Lo vais a pagar caro, no descansaré hasta que os vayáis.

Nadie me cree, piensan que estoy loca - reflexiona

Hace 6 meses que llevamos viviendo en esta casa y yo sé muy bien que no me imagino estas cosas. No me imagino la cara de martirizado de aquel hombre, ni me imagino los ojos que me observan en la penumbra cuando estoy tranquilamente preparando la comida en esa enorme cocina del siglo XVIII. No fue el viento el que descolgó todas y cada una de las prendas que puse el otro día en la parte trasera a secar. Es imposible, fue él. Fue ese maldito loco, sé que está aquí mirándome. Y duerme en el camarote, durante el día merodea por toda la casa y luego va allí, lo sé.

Fede mira como a una desequilibrada. El colmo fue cuando me llevó la semana pasa-

da al loquero ese de las narices, "afrontar el problema me dijo". Y Fede a callar, menudo amor y confianza que tiene en mí. Debería haberme callado, pero no puedo más, no duermo, sufro pesadillas, me desgarró de sufrimiento. Sé que me observa en todo momento y me está volviendo loca, ya no aguanto más. Tenemos que irnos, esta casa está maldita, algo ha pasado que nosotros no sabemos. Y ese hombre está en el camarote esperando a que suba para matarme. No puedo y de noche. ¿por qué?

Me ahogo, me falta el oxígeno, no puedo dejar de pensar en la cara de ese fantasma. Cuanto sufrimiento ví en sus ojos. ¿Qué martirio le mantiene en esta casa, que dice que es suya?

"Afrontar el problema". Si él le hubiese visto entrar volando por la ventana como le ví yo, a ver que ganas le quedaban de seguir durmiendo bajo el mismo techo. ¿Qué locura, a lo que nos ha llevado la ambición!

-Tal vez sea el fin, pero tengo que subir -pensó Lorena.

Siento como un puño me aprieta la nuez, no puedo respirar, veo ojos por todas partes, mis piernas no responden, no quieren subir los 25 escalones que me llevarán a ese maldito camarote, donde mi verdugo me está aguardando. ¿Por que yo?

Fede lo sabe todo, se lo conté, sus ojos le delatan. No me cree, sin embargo él no tuvo que recoger el tarro del azúcar del suelo, cuando delante de mis ojos salió volando de uno de los armarios y fue a estrellarse contra la pared. ¿Me estaré volviendo loca de verdad? No, yo lo ví.

Una vez en el pasillo del piso superior Lorena para, necesita descansar, le tiembla la mano cuando torpemente busca el interruptor de la luz. La enciende, se hace la luz. Sólo cinco metros le separan del umbral de la puerta que actúa de puente entre realidad y locura.

-Aún estoy a tiempo, puedo bajar. Fede lo entenderá, no será tan grave el asunto ese. Siempre ha sido un poco exagerado. Pero ha dicho que nos jugamos todos mucho. No hay remedio, él quiere que lo haga, llamará en breve. Tengo que avanzar.

Estoy arrastrando los pies, no tengo fuerzas para levantar estas temblorosas rodillas. He mirado hacía atrás en varias ocasiones, me siento observada. ¡Por Dios!, estoy aterrada, toco la fría manilla dorada del camarote. Meto la llave en la cerradura y doy dos vueltas a la derecha. Empujo suavemente la puerta, me paro en el quicio de la puerta e intento oír

ruido en el interior. Nada. Silencio. Tanteo la pared buscando el interruptor interior cuando, de repente, sobre mi antebrazo se posa una mano grande, firme y sobre todo fría, muy fría, helada. Es él.

- Te lo advertí, habéis perturbado mi descanso. Esta casa es mía, lo ha sido siempre y siempre lo será, malditos invasores.

Su otra mano me sujeta fuertemente el cuello y me oprime con una fuerza bestial, elevándome del suelo. Me asfixio, no puedo más, intento moverme y darle una patada, pero mis piernas apenas tienen fuerza para balancearse levemente.

Súbitamente me suelta arrojándome al suelo. Me duele todo del fuerte golpe. Calma. Se ha ido. Está abajo, oigo ruidos, vuelve a subir. No por favor, otra vez no. No lo voy a aguantar.

-Ringgggggg; Ringggggg; Es Fede, gracias a Dios -quiere pensar, en su agonía

Lorena baja a trompicones los 25 escalones que le devuelven de la locura al mundo real. Coge el teléfono totalmente extenuada gritando ¡Fede, Fede!, en una mezcla desconsolada de lloros y jadeos.

- No hace falta que llores de emoción mi amor. Sabía que no era para tanto. Ves como podías superarlo

- ¿Superarlo?, pregunto desconcertada
- Si mujer, lo de los documentos sólo ha sido un invento para que subieses al camarote y te convencieses de que tu problema existe solo en tu cabeza. Te lo dije, es cuestión de confianza.

Lorena cae fulminada al suelo perdiendo la escasa energía que le quedaba. En el auricular del teléfono se sigue escuchando la voz metálica de Fede,

- Vete preparando esa cena que sólo tu sabes hacer, mi amor, ah y si quieres que te ayude tu amigo, el del camarote. Te quiero mi amor.

Desde el suelo, con la mirada fija en la escalera, Lorena puede ver como unas botas bajan lentamente y se aproximan con paso decidido hacia ella. El espejo del hall no le avisa del hombre atormentado que acaba de cruzar frente a él con una cuerda agarrada fuertemente entre sus manos.